

huevo de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reiro y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. (Quij. 2.^a Part., cap. 54.)

En casos semejantes al del morisco Ricote, que en España y en otras partes fueron muy frecuentes, ni el mal era imputable al principio religioso, ni la Iglesia tenía medios para impedir que un torrente de holgazanes extranjeros ó nacionales, con pretexto de devoción, invadieran una provincia y explotaran la caridad de sus habitantes: ni los tenía tampoco para poner coto á las arterias del ávido interés que atisba toda ocasión para hacerse servir por lo más santo y venerando. La acción en estos casos debe ser pública, social. Pero ella no debe proponerse extirpar los abusos por medio de la supresión de lo bueno; sino por la prevención contra el mal, y la represión del que lo ejecuta; objeto de leyes sábias y justas, que respetando todo bien en su principio, circunscriban sus manifestaciones dentro de los límites de lo justo y honesto. Los antiguos legisladores españoles no olvidaron sus deberes en esta parte: otorgaban al verdadero romero ó peregrino las franquicias y protección que el respeto al principio religioso demandaba; al mismo tiempo que prevenían y reprimían los abusos que bajo la esclavina del romero pretendían escudarse: sobre lo cual pueden consultarse los códigos de las Partidas, Fuero Real y Novísima Recopilación.

Creemos haber dicho lo necesario para fijar clara y distintamente la idea y el espíritu que presiden en la práctica de la peregrinación verdaderamente cristiana. Pero para precisar más las nociones expuestas y darles una forma más fácil de conservar en la memoria, diremos que

1.º La peregrinación religiosa á lugar competentemente reconocido, hecha con recogimiento y espíritu de mortificación y de penitencia es una obra buena y santa. (1)

2.º Pero no es de precepto, ni aun de consejo, en orden á la perfección evangélica.

3.º Sin embargo, puede ser impuesta preceptivamente por el Sumo Pontífice en toda la Iglesia, por los Obispos en sus diócesis, por el sacerdote en el tribunal de la Penitencia, ó por juez competente en el foro externo.

4.º Puede, como toda buena obra de libre ejecución, ser ma-

(1) Véase la nota D.

teria de un voto, y en tal caso obligatoria en conciencia, con sujeción á las reglas canónicas en materia de votos.

5.º Pueden las peregrinaciones ser prohibidas en absoluto á determinadas personas, á señalados lugares, en determinados tiempos ó por especiales circunstancias.

6.º Puede ser limitada la práctica de ellas, imponiéndoles formalidades y condiciones, de cuya conveniencia y oportunidad sólo al superior eclesiástico respectivo corresponde el conocer.

7.º Tomando en consideración el espíritu de la Iglesia en toda obra de edificación y santificación del pueblo cristiano, parece conveniente que toda peregrinación ó romería, cuando toma una forma pública y colectiva, sea previamente consultada con el superior eclesiástico respectivo; es decir, el Obispo ó el Párroco.

§ 2.º

LAS PEREGRINACIONES RELIGIOSAS EN LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO.

Formar un cuadro, aun incompleto, de las peregrinaciones religiosas que se han practicado en diez y nueve siglos de Cristianismo, sería materia de más volúmenes que páginas contaré este folleto: sería, además, un trabajo superior á nuestras fuerzas; y de igual á los pequeños elementos con que contamos para llevar á cabo la idea que domina en nuestras humildes publicaciones. Esto, sin contar con que ni la verdadera Historia, ni la crónica, ni la leyenda tan fecunda en recursos han podido consignar en sus registros el inconcebible cúmulo de interesantes hechos con que el individuo, la familia, la ciudad, las naciones se han esforzado, arrancándose á su modo de ser normal, por buscar y encontrar el bien de que se carece, y que se persigue por donde quiera, tejiendo y destejiendo sin cesar el urdimbre de la vida.

Pero nada de esto es necesario para nuestro propósito, limitado á demostrar, con la historia en la mano, que las peregrinaciones religiosas se han practicado en el Cristianismo, sin interrupción desde sus primeros días. Al efecto, siguiendo

á la Historia, siglo por siglo, referiremos algunos hechos acontecidos en cada cual de ellos: hechos que merezcan la atención por sus actores, por los tiempos ó las circunstancias; y que tiendan á demostrar la continuidad de una cadena, de la cual se palpan algunos eslabones. Y aún limitándonos á esto, las páginas que en ello ocuparemos serán áridas y fastidiosas, sin que falte quien las tenga por inútiles. Mas nosotros insistimos en que, en materia de Historia, sólo hay que atenerse á los hechos: estos son siempre la encarnación de una idea, así como la idea incluye la razón y la filosofía de los hechos. Además, en época de tanta superficie y de tan poco fondo, es grato conocer y estudiar los fenómenos de siglos de fé en Dios, de esperanza en el porvenir y de caridad en las obras del hombre. Tenemos mucho que admirar en los hechos de siglos lejanos; como se ofrece mucho que estudiar entre los escombros de monumentos que somos impotentes para reedificar.

SIGLO I. Hemos mencionado ántes la peregrinación del valido de una reina de Etiopía, que con rectitud de intención vino á adorar al Dios verdadero en el templo de Jerusalem, y que, bautizado por el diácono Felipe, tuvo la dicha de llevar consigo la Buena Nueva y la gracia de la redención. Esa peregrinación emprendida bajo la idea mosaica, y terminada bajo la verdad evangélica, fué una manifestación de la suavidad con que opera la gracia de Jesucristo; que sólo demanda la buena voluntad para obrar sus portentos; así como de la naturalidad de la transición de la ley de las promesas y de las figuras, á la ley del cumplimiento y de las realidades, para los corazones rectos á quienes es dada potestad de ser hijos de Dios.

Las peregrinaciones á los Santos Lugares de la Palestina datan igualmente desde la edad Apostólica, según el testimonio de San Jerónimo, que escribió en los mismos sitios á que se refería: «Sería demasiado largo recorrer todas las edades desde la ascensión del Señor, hasta nuestro tiempo, para referir cuántos obispos, cuántos mártires y cuántos doctores se han trasladado á Jerusalem; porque hubieran creído tener ménos piedad y ciencia, si no hubieran adorado á Jesucristo en los mismos lugares en que el Evangelio comenzó á brillar desde lo alto de la Cruz.» (Epist. á Marcela.)

Los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, eran venerados y visitados por los fieles, desde en vida del Apóstol San Juan (fin del siglo I); de cuyo hecho dió testimonio Ju-

liano Apóstata, según los fragmentos de un libro suyo contra el Cristianismo, conservados por San Cirilo de Alejandría. Así es que el culto de las reliquias de los Mártires data desde el Siglo Apostólico: mas este culto supone las romerías en busca de los sepulcros que las guardaban.

SIGLO II. Continúan las peregrinaciones á Palestina y á Roma. A principios de este siglo (año 107) sufrió el martirio San Ignacio, Obispo de Antioquía. Al hacer el camino de esta ciudad á Roma, donde fué martirizado, las iglesias no pudiendo acudir en cuerpo á besar las cadenas del confesor y encomendarse á sus oraciones, enviaron comisiones que las representaran, y desempeñaran piadosos deberes de caridad. Consumado el martirio del Santo en el Circo romano, sus discípulos, testigos de vista del sangriento drama, levantaron el acta del suceso, la cual cerraron con estas palabras: «Os hemos expresado el día y tiempo de su martirio, para que *juntándonos* en el tiempo en que padeció, participemos del triunfo de este generoso atleta y mártir de Cristo, que ha hollado al demonio, y ha llegado al fin de su carrera en Nuestro Señor Jesucristo, etc.» La Iglesia de Esmirna en la Jonia, escribía á la de Filadelfia en Frigia (año 166), informándola del martirio de su Obispo San Policarpo, lo siguiente: «Nosotros después recogimos sus huesos más apreciables que el oro y las piedras preciosas, y los colocamos en un lugar decente; en donde el Señor nos hará la gracia de que *juntándonos* del modo que pudiéremos, celebremos el día de su martirio con fiesta y gozo; tanto en memoria de los que ya combatieron, como para ejercicio y alegría de los que vendrán.»

SIGLO III. El año 212, Alejandro, Obispo de Capadocia, y confesor de la fé en la persecución de Severo, peregrinó á los Lugares Santos de Jerusalem; de cuya visita se ocupaba cuando fué electo Obispo coadjutor de S. Narciso, quien, á causa de su avanzada edad, 116 años, no podía ya desempeñar su ministerio pastoral. Alejandro murió en 251 encarcelado por la fé, dejando gloriosos recuerdos de su Episcopado y de la peregrinación que á él la condujo. Dotó á Jerusalem de una famosa biblioteca, en donde recogió los escritos y cartas de los hombres más célebres de su tiempo.

El año 260 murió S. Félix, presbítero de Nola en la Campania, cuyo sepulcro se hizo célebre muy luego por la multitud de portentos que sobre él se obraban. Esto dió origen á peregrinaciones muy numerosas, que anualmente se hacían á

Nola; y que aumentaron mucho por la devoción que á S. Félix profesaba el Obispo de Nola S. Paulino.

El año 287, sobre los confines de la Mesopotamia con la Asiria, se hizo sentir una grande escasez de lluvias, y en solicitud de remedio celestial, muchos cristianos de aquella region emprendieron una piadosa romería. Durante ella fueron sorprendidos por un cuerpo del ejército de los romanos que operaba sobre aquellas provincias, é hizo cautivos á unos mil de los religiosos peregrinos. S. Arquelao, Obispo de Cascar en la Mesopotamia, logró rescatarlos con los fondos que para ello le proporcionó Marcelo, el hombre más rico del país. Esta sola peregrinacion bastaria para dar nombre á su siglo, por haber dado ocasion á ejercitarse el celo de un Obispo como Arquelao, y la caritativa abnegacion de un rico (*rara avis in terris*) como Marcelo.

SIGLO IV. La peregrinacion más célebre de este siglo, así por el elevado carácter de la persona como por la trascendencia del hecho, fué la de Santa Elena, madre de Constantino el Grande, á Palestina el año 326. La augusta señora, de edad de sesenta años, visitó los lugares venerables en la Tierra Santa, pero principalmente los de Jerusalem; donde, merced á su piedad, celo y munificencia fué descubierta la verdadera Cruz, y se abrieron los cimientos de templos suntuosos, destinados á conservar la memoria de los principales sucesos de la vida, pasión y muerte del Redentor. Desde esta época se facilitaron más y se multiplicaron las peregrinaciones á la Tierra Santa.

Después, Eutropia, viuda de Maximiano Herculeo y suegra de Constantino, hizo una peregrinacion á los Santos Lugares, y á consecuencia de sus informes sobre el estado de ellos, el Emperador mandó á los Obispos de aquella region que edificasen una Iglesia en el sitio de la Bíblica encina de Mambré, llamado también del Terebinto; santificado por la presencia de los Angeles que allí se aparecieron á Abraham, y que en aquel entónces era profanado por observancias supersticiosas judáicas y gentílicas.

Por el año 375, Melania, romana noble, peregrinó al Egipto, y visitó los monasterios más renombrados de los desiertos de la Nitria; visitó en Alejandría al ciego Dídimo, prodigio de su siglo en virtud y sabiduría. Pasó luego á Jerusalem, donde permaneció veinticinco años ejerciendo la hospitalidad con los peregrinos, y especialmente con los eclesiásticos y las vír-

genes: lo que prueba la afluencia de los devotos en el último cuarto de este siglo.

En 386, Paula, matrona noble de Roma se estableció en Belem, acompañada de su hija Eustoquia y de otras muchas vírgenes, bajo la dirección de San Jerónimo. Fijó allí su residencia después de haber visitado las Lauras del Egipto, todos los lugares santos de Jerusalem, y otros santificados por la presencia del Salvador, ó memorables por acontecimientos del tiempo de la ley mosaica. Paula murió por el año 404, y Eustoquia el 419; dejando una y otra en Belem y sus contornos, un perfume de santidad propio sólo de la flor del Cristianismo plantada en la generosa tierra de la antigua nobleza romana.

Hemos leído que existe cierto Itinerario, conocido bajo el título de *Itinerario de Burdeos á Jerusalem*, escrito á juicio de los críticos, el año 333, para uso de los peregrinos de las Galias que visitaban los santos lugares de Palestina. De donde se infiere que tales peregrinaciones de los occidentales, estaban muy en uso desde ántes de ese año; supuesto que se había hecho sentir la necesidad de un guía para los viajeros.

SIGLO V. Melania la jóven, nieta de la otra Melania que mencionamos en el siglo anterior, con su marido Piniano y su madre Albina, acordaron peregrinar á Jerusalem, y se prepararon á tan buena obra con otra más santa aún; dieron libertad á ocho mil esclavos que tenían en sus posesiones de Roma y de Africa. Rotos los lazos que les ligaban con la capital del mundo, se trasladaron á la Ciudad santa en busca de la paz del cielo. Melania recibió en Jerusalem á otra ilustre peregrina, la emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio el jóven; que se había obligado por un voto, que cumplió en 438. Melania murió en el siguiente, dejando recuerdo imperecedero de sus buenas obras en favor del pueblo cristiano y de los solitarios del desierto.

Se preparaba en Jerusalem una fiesta dedicada á la Santa Cruz, y numerosos peregrinos, de diversas procedencias, se dirigían á ella. Entre los devotos de Alejandría vino una mujer pecadora, cuyo desenfreno en el mal rayaba en furor: no la había traído la piedad, sino el pensamiento de encenagarse en pecados entre tantos peregrinos extranjeros. Una mera curiosidad la hizo dirigirse al templo, donde numerosa concurrencia adoraba el santo madero de la verdadera Cruz, y al cual todos entraban; pero cuyo acceso le impidió una mano invisible é invencible. Se retrajo entónces á una parte; y meditan-

do con amargura sobre su pasada vida, comprendió toda la miseria de su estado. Pidió al cielo con humildad que le fuera permitido siquiera besar el sagrado leño de la Cruz y luego se entregaría á una vida de penitencia y expiacion. Con esto le quedó franca la entrada del Santuario; del cual saliendo, y provista de solo tres panes, se retiró al desierto de la otra parte del Jordan. A los cuarenta y siete años un santo monje y sacerdote, el abad Zósimo, encontró en el desierto á la solitaria; que no era ya una mujer, sino un esqueleto carbonizado ambulante, coronado con una cabellera, igual por su blancura á un copo de algodón. . . . Un año despues el abad Zósimo administraba la Sagrada Eucaristía en las orillas del Jordan á aquel portento de penitencia, que ántes fuera monstruo de pecado. Y al dia siguiente murió la pecadora de Alejandria, sin otro compañero ni testigo que el Angel del arrepentimiento; quien con su índice mojado en llanto escribiría en el libro de la vida un nombre y una fecha: *Maria Egipciaca—Año de misericordia 430.*

Por el año 468 murió en una gruta del Monte de los Olivos, cerca de Jerusalem, un solitario llamado Pelagio, de procedencia desconocida, de enigmáticos antecedentes; pero de notoria santidad y de una austeridad aterradora. A su muerte se descubrió con sorpresa que el misterioso solitario era una mujer. . . . Y esa mujer habia sido de aquellas que hacen olvidar su dignidad á los hombres más altivos; de esas de quienes suele mendigarse una mirada ó una palabra, y cuyas estudiadas conversaciones se escriben, para perpétua memoria, como pudieran las fatídicas respuestas de una Sibila. Era Pelagia, comediante de Antioquia, llamada por su seductora belleza la *Perla Oriental*; escollo de toda virtud por sus fascinadores encantos. Esta, convertida á la fé cristiana por Nono, santo Obispo de Balbeck, recibió el bautismo, y con él la inspiracion de peregrinar á Jerusalem, á la tierra que habia bebido la sangre teándrica redentora; para ofrecer allí su vida en holocausto de penitencia, en expiacion de grandes é innumerables pecados; y para marchitar bajo de maceraciones inauditas las flores de una hermosura que habia sido ocasion de muchas vilezas, é infamias, y crímenes.

Por el año 420 tuvo principio y un rápido desarrollo la romería al sepulcro de San Martin Obispo de Tours; la que no quedó limitada á las Galias, sino que se extendió á la España, Italia y otras regiones. San Martin habia muerto el año 397;

y sobre su mismo cádaver se manifestó la gloria de Dios en honra de su siervo, con prodigios que se sucedian sin interrupcion. Este es el primer santo confesor de quien se tiene noticia que en la Iglesia occidental se haya celebrado fiesta con culto público.

SIGLO VI. Existe un Itinerario á Jerusalem, escrito en los primeros años de este siglo por Antonino de Plasencia, que con otros compañeros peregrinó á la Palestina, y que escribió lo que él mismo habia visto: en ese Itinerario se habla de un cementerio que habia en Jerusalem, destinado á la inhumacion de los peregrinos; lo que indica que éstos eran numerosos.

Y lo eran tanto que, bajo el pontificado del Patriarca Pedro, que gobernó la iglesia de Jerusalem del año 525 al 546, llegaron á faltar los recursos necesarios para atender á sus necesidades. Esto hizo que Eusebio, tesorero de la iglesia de la Resurreccion, impetrase licencia para vender unas casas que redituaban poco en favor de dicha iglesia, para invertir el precio de su venta en el socorro de los peregrinos; y el sostén de sus hospicios y hospitales. Este permiso fué concedido, y se encuentra en la Novela XL del emperador Justiniano: monumento legal que prueba, tanto lo numeroso de las peregrinaciones á Jerusalem en este tiempo, como que los peregrinos merecian las atenciones de la Iglesia y del poder público.

SIGLO VII. En principios de este siglo los viajes de devocion á Palestina, sin dejar de ser continuados, fueron ménos frecuentes por el estado de revuelta y guerra en que aquella region se encontraba: "En el año de 615, Schaharbarz, yerno del monarca persa (Cosroes) al frente de un poderoso ejército, se apoderó de Jerusalem, pasó á cuchillo á una infinidad de monjes, de vírgenes y de sacerdotes; quemó las iglesias, y hasta la basilica erigida por Constantino, robó los vasos sagrados y los ornamentos. . . . y se llevó cautivos á cuantos solitarios logró hacer prisioneros (Poujoulat, *Histor. de Jerusalem*, capítulo XXVIII.) Semejante estado de cosas debia retraer á los cristianos de aventurarse á los peligros de un largo viaje, para no lograr más que ver la desolacion y profanacion sentadas sobre el lugar santo.

Pero el año 629, el emperador Heraclio, que habia ajustado paces con Siros, hijo de Cosroes, el que habia asolado á Jerusalem y apoderádose del madero de la verdadera Cruz, re-

cobró la sagrada reliquia, y obtuvo la libertad de todos los cautivos. Entonces se dirigió el Emperador á la ciudad santa y llevando sobre sus hombros la Cruz, caminando descalzo y en solemne procesion, restableció, él mismo, en su antiguo sitio el glorioso trofeo. El regocijo universal que causó el recobro de la santa Cruz atrajo innumerables peregrinos a esta fiesta: y para perpetuar la memoria del fausto acontecimiento fué instituida la que aun celebramos bajo el nombre de la *Exaltacion de la Santa Cruz*. Pero este bienestar duró poco; porque en 636, la Ciudad santa, despues de cuatro meses de valerosa resistencia, fué ocupada por el califa Omar, sucesor de Abu-Bekr. Desde entonces las peregrinaciones á Palestina presentaron peligros y dificultades que ántes no tuvieron.

Con este siglo comenzaron las frecuentes peregrinaciones de Inglaterra á Roma, que se continuaron por mucho tiempo. En 596, San Gregorio Magno envió al monje Agustin á evangelizar á los ingleses, cuya mision desempeñó el Santo Apostol hasta el año 607, en que murió. « Los monjes sábios y santos, dice un escritor de Historia eclesiástica, que iban de Roma con frecuencia, desde el tiempo de la mision de San Agustin, fomentaron entre los ingleses la devocion de visitar á los Santos Apóstoles en la capital del mundo cristiano; y con estas peregrinaciones ganó mucho la piedad de toda clase de gentes y muchísimo la ilustracion del Clero.» (Amat. Libro X. núm. 19).

SIGLO VIII. La ciudad de Lieja, en los Países Bajos, debió su engrandecimiento á las numerosas y continuas peregrinaciones devotas que se hacian al sepulcro de San Lamberto, obispo de Maestrich; cuyas reliquias fueron depositadas en una iglesia edificada sobre el mismo sitio en que estuvo la casa donde el santo fué asesinado el año 708. Lugar que Dios habia ilustrado con multitud de prodigios obtenidos por la intercesion del Santo Obispo. Así muchas otras poblaciones, en distintas regiones y siglos, han debido su ser ó sus progresos al fomento prestado por el calor de la piedad y devocion cristiana.

Kenredo ó Cenredo, rey de los Mercios en Inglaterra, el año de 709, hizo una peregrinacion al sepulcro de los Santos Apóstoles y quedándose en Roma, abrazó la vida monástica, con Offa, rey de los Sajones orientales. Ina, rey de los Sajones occidentales, hizo tambien el año 726 un viaje de devo-

cion á Roma, donde dejó fundada una Iglesia y el Colegio inglés. Offa, rey de los Mercios, que habia asesinado á Ethelberto, rey de Estanglia, el año 794, peregrinó á Roma en expiacion de su crimen. Pero no eran sólo los reyes ingleses á quienes la devocion llevaba á la ciudad eterna; el ejemplo de los reyes era seguido por innumerables ciudadanos de todas las clases sociales, que para ello tuvieran posibilidad. Así el año 720 dos hermanos, Villebaldo y Vinebaldo, acompañados de su padre, fueron á Roma para orar ante el sepulcro de los santos Apóstoles: y dos años despues de cumplido este propósito, Villebaldo continuó en peregrinacion á la Palestina, en cuyo viaje invirtió siete años.

Como á la mitad de este siglo, un sacerdote de la diócesis de Amiens (Francia), que despues fué S. Wilflagio, en penitencia de haber contraído matrimonio, peregrinó á Jerusalem; de donde, al regresar, fué á ocultar su vida y completar su expiacion en las soledades de una selva. En esta época no eran raros los que, en pena de grandes crímenes practicaban tales peregrinaciones, sustituidas á las antiguas penitencias canónicas.

SIGLO IX. Y continuaron estas excursiones expiatorias en el siglo IX, conservándose todavía muy viva la idea de la necesidad de una satisfaccion pública por crímenes que hubieran causado un público escándalo. Así vemos que, por el año 870, el Señor de Frotmond y sus hermanos, de Bretaña, peregrinaron dos veces á Jerusalem en expiacion del crimen que hubieran cometido asesinando á un tio suyo y á un su hermano menor.

Pero no se limitaron á casos semejantes las visitas á la Tierra Santa; supuesto que consta que la afluencia de los peregrinos era numerosa, no obstante la situacion difícil á que la bárbara dominacion del islamismo tenia reducida la Palestina. Elías III, patriarca de Jerusalem, escribia en 881 á Carlos el Joven, en estos términos: «No entraremos en el relato de nuestros males: harto conocidos te son por *los peregrinos que vienen todos los dias á visitar los Santos Lugares* y luego vuelven á su patria.» Uno de esos peregrinos fué el monje Bernardo, de origen francés, que se encontraba en Palestina en 870, y que escribió una interesante relacion de los Santos Lugares.

En los primeros años de este siglo se ofreció un nuevo objeto de veneracion y culto cristiano, que en los siguientes ha-